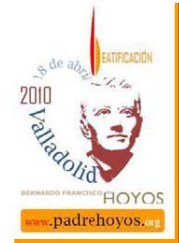


El Sagrado Corazón de Jesús



- SIMBOLOGÍA Y SIGNIFICADO
- RECORRIDO HISTÓRICO
- LO QUE DICE LA IGLESIA
- CONCLUSIÓN

SÍMBOLOGÍA Y SIGNIFICADO

La imagen del Sagrado Corazón nos recuerda fundamentalmente el amor de Jesucristo hacia los hombres, el amor del Verbo encarnado hacia los hijos de Dios, pues “tanto amó Dios al mundo que dio a su hijo único.” (Jn 3,16). Se presenta así como una parte viva de su divino cuerpo, y es esta, y no otra, la que simboliza ese amor porque el corazón es el lugar físico que siempre asociamos a este sentimiento.

Se trata de un corazón de carne que nos recuerda que Dios se hizo hombre, y que vivió como uno de tantos. Por esta razón habitualmente ese corazón aparece herido, para recordarnos que Jesús igual que nos amó, también sufrió por nosotros. Pero esas heridas no solamente adquieren significado en la experiencia de Jesús vivo en el Evangelio, sino en la de Jesús resucitado, vivo hoy. Ese sufrimiento se traduce en la actualidad en que el amor de Cristo sigue en nuestros días siendo rechazado por muchos. Precisamente esta fue la queja que Jesús mismo puso de manifiesto en una de sus visiones a la propia Santa Margarita María de Alacoque, una de las principales adalides de esta devoción, como veremos.

Al mismo tiempo en este símbolo puede contemplarse un resumen, por un lado, de la vida de Cristo, caracterizada sobre todo por su bondad y su amor; y por otro, del legado que nos dejó a nosotros, sus discípulos. Algunas citas bíblicas pueden ayudar a recordárnoslo:

- “... Jesús que había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amo hasta el fin” (Jn 13, 1).
- “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Que como yo os he amado, así también os améis unos a otros. En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros.” (Jn 13, 34-35).
- “Como el Padre me ama a mi, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.” (Jn 15, 9-10).

- “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos.” (Jn 15, 13).
- “Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor que tú me tienes esté en ellos y yo también esté con ellos.” (Jn 17, 24).
- “... y conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento, a fin de que seáis llenos de toda plenitud de Dios.” (Ef 3, 19)
- “Vivid en el amor, siguiendo el ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros a Dios como ofrenda y sacrificio de olor agradable.” (Ef 5, 2)
- “... y ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí. Mi vida presente la vivo en la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” (Gál 2, 20).

Así pues el Corazón, junto con la Cruz, se constituye como uno de los principales emblemas del más precioso don que Dios ha concedido a los hombres, que es su amor infinito.

RECORRIDO HISTÓRICO

Ya en la Biblia aparece la imagen del costado abierto de Cristo, traspasado por la lanza, herida de la que manó sangre y agua tras la Crucifixión. Este costado abierto puede vincularse perfectamente a la imagen del Corazón de Cristo, que estaría próximo a esta herida.

Los primeros testimonios específicos que nos hablan de la devoción al Sagrado Corazón vienen de la mano del San Anselmo (1033-1109) y San Bernardo (1090-1153), y se desarrollan en el ámbito monástico. A este último monje, se atribuye la autoría de uno de los textos que contienen parte de lo que hoy se utiliza en la liturgia de las Horas, en la festividad dedicada al Sagrado Corazón. Este texto titulado “Vitis Mystica” era muy conocido entre algunos de los santos del medievo, como Santa Matilde (+1298) y santa Gertrudis (+1302). Precisamente la visión de esta monja benedictina alemana constituye un hecho importante en el afianzamiento de la devoción. En la festividad de San Juan sintió estar recostada en el pecho de Cristo, y escuchar el latido de su corazón. La santa preguntó a San Juan si él también pudo escuchar este mismo sonido, cuando estuvo en esta posición durante la Santa Cena. El apóstol le contestó afirmativamente, refiriendo que no lo manifestó en el momento en que escribía su evangelio porque la declaración de este hecho se reservaba para momentos posteriores, en los que la frialdad del mundo hiciera necesaria el recuerdo del amor de Cristo.

Desde que comienzan a hacerse públicas estas experiencias, y según revelan los anales de diferentes órdenes religiosas datados de los siglos XIII al XVI, esta devoción fue poco a poco propagándose, al tiempo que se conformaba una práctica devocional con oraciones y ejercicios especiales. Desde entonces diversos autores religiosos mencionan esta veneración del Sagrado Corazón, especialmente algunos miembros de la Compañía de Jesús, orden precisamente a la que perteneció el Padre Hoyos. San Francisco de Borja, o San Luis Gonzaga, fueron algunos de los santos de esta congregación que manifestaron una especial predilección hacia este culto. De ahí la aparición del símbolo del Corazón en las páginas de los títulos de los textos jesuitas, y también en los muros de sus templos.

Ya en el siglo XVII y gracias a san Juan Eudes (1602-1680), sacerdote francés, esta devoción se honrará por primera vez en el Oficio Divino. El padre Eudes ya había dedicado algunos de sus escritos al Sagrado Corazón de María, redactando después “La devoción al Adorable Corazón de Jesús”. La misa que incluyó en este libro, fue la que se celebró el 31 de Agosto de 1670 en el seminario de Rennes, siendo esta la primera celebración solemne dedicada al Sagrado Corazón. Tuvo lugar en el seno de la congregación fundada por él mismo, llamada “Congregación de Jesús y María” y conformada por sacerdotes diocesanos. El símbolo distintivo de esta comunidad sería también el Corazón de Jesús, unido en este caso al de María, y en los seminarios por él fundados llegarían incluso a crearse cofradías consagradas al Corazón de Jesús y de María. Así pues, y tal como aparece en el decreto de beatificación del padre Eudes, redactado por León XIII, él fue el primero en tributar culto litúrgico a esta devoción. Desde aquí dicha celebración fue extendiéndose hacia otras diócesis.

Pero sin duda, el mayor impulso concedido a la consolidación de esta devoción, fue debido a las visiones de Santa Margarita María de Alacoque (1647- 1690), religiosa que vivía en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial, en Francia. En estas visiones fue Jesús mismo el que le pedía que se le honrara bajo el símbolo de su corazón de carne, y que se propagara una devoción especial al amor expiatorio, por medio de la comunión el primer viernes de cada mes y la observancia de la Hora Santa. En la octava del Corpus Christi de 1674 tuvo lugar la gran aparición de entre todas ellas, en la que Jesucristo le dijo a Santa Margarita María las siguientes palabras: “Mira el corazón que tanto ha amado a los hombres... en vez de gratitud, de gran parte de ellos yo no recibo sino ingratitud.” Para repararlo pidió una celebración el viernes después de la octava, pero antes la santa debía consultar al Padre de la Colombière, superior de una comunidad de jesuitas también establecida en Paray. De esta forma la nueva difusión de esta especial devoción quedaba a cargo del monasterio de la Visitación y de la comunidad de jesuitas. El Padre de la Colombière reconoció la acción del Espíritu Santo en estos sucesos, y encargó a la religiosa que pusiera por escrito sus experiencias y apariciones, haciendo distribuir después copias del texto por Francia e Inglaterra. Él mismo se consagró al Sagrado Corazón, y en su diario de ejercicios se encontró una copia manuscrita de aquellas visiones de Santa Margarita, junto con unas reflexiones acerca de este culto. Estos tres escritos fueron publicados dos años después de su muerte, en 1686. Desde entonces, numerosas comunidades religiosas de Francia comenzaron a honrar al Corazón de Jesús con especial querencia. Habría que destacar aquí el papel de uno de los religiosos que vivió de primera mano esta gran difusión, el padre Croiset, quien escribiría un libro en 1691 titulado “De la devoción al Sagrado Corazón”, en el que incluye una reseña a la vida de la Santa.

A pesar del gran arraigo que iba cobrando esta veneración al Sagrado Corazón, la Santa Sede era reticente aún a establecer una fiesta común para toda la Iglesia. Uno de los primeros actos públicos homenajando al Corazón de Jesús tuvo lugar durante una plaga en Marsella en el año 1720. Desde entonces otras ciudades siguieron este ejemplo, y fue así como este culto se hizo extensivo a los fieles, fuera de las paredes de conventos, monasterios y seminarios, popularizándose extraordinariamente. Aún así, y ante estas evidencias de fervor, la Iglesia seguía sin acceder a las peticiones de establecer una fiesta oficial, y aunque Clemente XIII promulgó un decreto por el cual permitía celebrar fiesta litúrgica en honor al Sagrado Corazón, estaría sólo destinado a los obispos de Polonia y a la Archicofradía romana del Sagrado Corazón.

Las insistencias constantes de particulares y obispos, emitidas por carta a la Santa Sede, dieron su fruto ya en el siglo XIX. Así, y gracias a Pío IX, la fiesta llegó a hacerse extensiva a la Iglesia Universal, con una serie de autorizaciones para que las ciudades que lo desearan pudieran

consagrarse al Sagrado Corazón por su cuenta, y prescribiendo la forma de la celebración litúrgica. Pero no sería hasta la llegada de su sucesor, León XIII, cuando finalmente se diera el principal respaldo eclesiástico al emitir un decreto, el 28 de Junio de 1889, mediante el cual se elevaba a rito de primera clase a la fiesta del Sagrado Corazón, y al consagrar definitivamente, unos años más tarde, el 11 de Junio de 1899, a toda la humanidad al Corazón de Jesús.

LO QUE DICE LA IGLESIA.

Continuando con lo último anotado en el epígrafe anterior, citaremos aquí algunos de los documentos más importantes en los cuales los Papas se pronuncian con respecto a esta devoción. El papa León XIII, como acabamos de señalar, lo hizo y fue en la encíclica “Annum Sacrum”, promulgada el 25 de mayo de 1899, siendo aquí donde recoge la consagración del género humano al Sagrado Corazón. En ella justifica el poder soberano de Jesús sobre todos los hombres, independientemente de sus creencias religiosas. Por eso puede perfectamente consagrarse todo aquello que le pertenece, es decir, toda la humanidad, y “puesto que en el Sagrado Corazón se encierra el símbolo y la expresión de la infinita caridad de Cristo, caridad que nos incita y mueve a amarnos mutuamente, es oportuno y justo consagrarse a su Corazón Augustísimo, lo que no es otra cosa más que entregarse y obligarse con Jesucristo, ya que todo honor, obsequio o devoción piadosa que se ofrece al Corazón Divino, se ofrece propia y verdaderamente al mismo Cristo.”¹ Por esta razón exhorta y anima a todos los fieles a que se entreguen abiertamente al divino Corazón, a esa devoción que ya muchos tan bien conocen, poniendo a su vez la confianza en que este acto de piedad será agradable a Cristo. Y no sólo eso, sino que, como hemos visto, considera esta una extraordinaria ocasión para encomendar al corazón amante de Jesús a todo aquellos que aún no le conocen, a los que nosotros no podemos llegar, considerándolo como un perfecto acto de caridad, en sintonía con la manifestada por el mismo Jesús hacia nosotros los hombres.

El Papa responsabiliza de los males que acechan al mundo al olvido de la religión, por eso, mediante esta devoción, se presenta una ocasión para pedir auxilio al Único que puede socorrer al género humano de sus males, que no es otro sino el mismo Cristo. De esta forma contamos con un bendito estandarte que “es el Sacratísimo Corazón de Jesús, con la cruz por remate y resplandeciente de llamas entre esplendísimos fulgores. En Él se han de cifrar, pues, todas las esperanzas; a Él se ha de rogar y de Él hemos de aguardar la salvación de los hombres.”²

El siguiente documento destacado al respecto es la encíclica “Misericordissimus Redemptor” promulgada por Pío XI el 8 de Mayo de 1928, y en la que el Papa se centra en tratar la expiación debida al Sagrado Corazón. La exhortación hacia la devoción a su divino Corazón, la hizo el propio Jesús, como ya vimos, a santa Margarita María en un momento de enfriamiento en la vivencia de la fe por parte de los hombres, de manera que la invitación a este culto especial obedece a la caridad de Dios, que ofrece una oportunidad y vía magnífica a los hombres para retornar al calor de su amor divino, bajo la forma del Corazón de su hijo como imagen atrayente.

¹ “Annum Sacrum”, en CERRO CHAVES, F., Encíclicas y documentos de los Papas sobre el Corazón de Jesús. (pp. 9-20). Monte Carmelo, Burgos, 2000.

² Ibidem, p. 16.

Se trata de una devoción que anima a desear conocer más íntimamente al Salvador, y a querer sobre todo tenerle como el más perfecto ejemplo de amor y entrega. Pero el pontífice explica también como, además de la consagración al Sagrado Corazón, debemos tomar también esta devoción como medio para la reparación y expiación de los pecados de los hombres. Como ya indicamos, esta fue la principal queja del mismo Cristo cuando se apareció a Santa Margarita, que ante su amor manifestado al género humano, Él a cambio no recibía más que ultrajes. De ahí que Él mismo recomendará la comunión los primeros viernes de mes, que es lo que se conoce como la Comunión Reparadora, así como peticiones y súplicas a lo largo de una hora, la Hora Santa. La necesidad de esta expiación la coloca Pío XI en los males del mundo, de los que hace una larga lista, que a pesar del paso de los años es bastante similar a la que podríamos elaborar actualmente. Cristo sufrió por todos los pecados del mundo, los cometidos hasta su muerte y los futuros, por eso le debemos la reparación actual. Así, finalmente, solicitando la intercesión de nuestra Madre la Virgen, el Papa incluye en la conclusión del texto la oración propia para la expiación propuesta en el documento.

El tercer y último texto que citaremos es de nuevo otra encíclica, “Hauretis Aquas”, en este caso escrita por Pío XII y hecha pública el 15 de Mayo de 1956. En ella hace un recorrido por las diversas gracias celestiales concedidas mediante el culto tributado al Sagrado Corazón, que es a su vez un maravilloso medio por el que la Iglesia manifiesta su amor hacia Cristo, al que el Papa menciona como su “Divino Fundador”.

Pío XII dedica una buena parte de este documento a rebatir a aquellos aún reticentes a aceptar esta devoción por considerarla superflua, o poco fructífera, y poco adecuada para la vida contemporánea. Por ello realiza una exhaustiva fundamentación teológica de este culto, repasando la anterior doctrina de los papas emitida al respecto. Al mismo tiempo, justifica también las bondades de este culto reconociendo la proliferación de asociaciones, publicaciones, y prácticas piadosas que toman como fundamento precisamente la honra al Sagrado Corazón, y todos los frutos por ellas obtenidos.

El Corazón de Jesús merece culto, primero por ser parte de su divino cuerpo y por lo tanto digno de ser venerado igual que este, y en segundo lugar porque en él reside la caridad de Cristo hacia el género humano. Asimismo, para dar solidez a esta veneración, utiliza como argumentos diversas alusiones al Antiguo y Nuevo Testamento, así como a lo dicho por los Padres de la Iglesia.

Establece después que la principal simbología del Sagrado Corazón es triple. Primero representa el amor divino de Cristo por su naturaleza divina, en segundo lugar su caridad perfecta, y por último su amor sensible como hombre que fue nacido del seno de la Virgen María. Los momentos culminantes en que todo el amor y sufrimiento de Cristo se manifiestan, y ponen en evidencia la extraordinaria calidad de su corazón, son la oración en el huerto, antes de comenzar su dolorosa Pasión, y la muerte en la cruz. Junto a ello, propone Pío XII otros momentos apropiados en la vida de Cristo para contemplar las bondades y excelencias de su Corazón, como son la institución de la Eucaristía y su consiguiente conmemoración constante, así como la Ascensión y Pentecostés.

Una visión histórica de esta devoción, propuesta a continuación, le sirve también para poner énfasis en la principal intención de esta encíclica, que no es otra que la de manifestar la naturaleza auténtica de este culto y su licitud, invitando a los fieles por tanto a seguir perseverando en dicha devoción, apoyándose en todos estos argumentos, y a tomarla como bandera frente a los males que habitan en el mundo, y frente a todos aquellos que dan la espalda Dios, buscando únicamente

hacer daño a la Iglesia. La solución a todos esos males se encuentra en que el hombre vuelva de nuevo sus ojos al amor de Dios, y en la práctica del amor al prójimo. Para ello, la mejor escuela son sin duda el mismo Jesucristo, y sus lecciones de amor a los hombres, que como hemos ya anotado en varias ocasiones, cobran forma en la imagen de su Sacratísimo Corazón. Para finalizar, Pío XII no olvida consagrar al mundo igualmente al Sagrado Corazón de la Virgen María, siempre fiel intercesora entre Dios y los hombres.

Aunque hemos reseñado aquí estos textos como los más significativos del posicionamiento de la Iglesia con respecto a este culto, existen igualmente menciones en el Concilio Vaticano II (1962-1965), así como en el Catecismo de la Iglesia Católica, incluidas en este caso por Juan Pablo II, incidiendo, en ambas, sobre la mayor parte de los aspectos que acabamos de referir.

CONCLUSIÓN

Uno de los elementos fundamentales de esta devoción es recibir la Comunión seguidamente durante nueve primeros viernes de mes, para poder alcanzar así la Gran Promesa, que fue emitida por Jesucristo a Santa Margarita María en una de sus apariciones. Según esas palabras, aquel fiel que practique este culto conseguirá la gracia final de la penitencia, y no morirá en pecado, teniendo en la última hora su propio Corazón como asilo seguro. Igualmente pidió ser acompañado todas las noches de los jueves durante su agonía en la oración en el huerto, para participar así de su sufrimiento en aquellos instantes, y para suavizar el abandono que sintió entonces por parte de sus discípulos. Este momento de oración es a lo que ya aludimos como Hora Santa.

Estas son las prácticas principales que conforman el culto al Sagrado Corazón, a lo que se añade la celebración de su fiesta en el mes a él consagrado, el mes de Junio. En definitiva, todo lo que rodea a esta devoción no hace sino ayudar a los fieles a contemplar, admirar, y aprender a gustar del amor de Dios. Esta entrega solícita y devota, fue la misma que llevó al propio padre Hoyos a convertirse en el principal impulsor de la difusión de este precioso culto en nuestro país, muy a pesar de las diversas dificultades a las que tuvo que hacer frente. Sin duda, la fuente principal de su tesón y empeño no fue otra que la confianza puesta en el Corazón de Cristo.

Sagrado Corazón de Jesús en vos confío.